

Comentario y derivaciones de la traducción de un antiguo texto sobre colecciones líticas de nor-Patagonia

José F. Blanco⁴⁴

Resulta muy grata la invitación recibida para comentar la traducción y notas hechas por Alfredo Prieto de este antiguo, y para mi desconocido, artículo sobre materiales líticos de nor-Patagonia. Traducir es un arte difícil, sobre todo en temas de especialidad y hacerlo, además, con notas históricas y bibliográficas atingentes de difícil pesquisa y ocasión, es un acto que sorprende por su generosidad y rareza.

Paradójicamente, a nuestra querida ciencia tan veloz y rampante se le olvida en ocasiones, reflexionar sobre su propio pasado. Hacerlo, leer los clásicos, evita que nos sorprendamos repitiendo errores o creyendo que hemos descubierto como nuevo algo dicho o pensado décadas antes. Pero también, independientemente de reducir la redundancia, mirar en el discurso predecesor siempre permitirá descubrir, efectivamente, cosas nuevas. El pasado es generativo, a no dudarlo.

Haré entonces, en principio, una contextualización general de algunos temas que aportan a la introducción de Prieto; luego, un comentario breve de las cuestiones, situaciones e ideas que me parecen más interesantes y evocativas del propio texto de Pitt-Rivers; en seguida, un sucinto estado comparativo de la situación entre entonces y hoy; para concluir con algunas notas acerca del devenir disciplinar regional en relación a todo ello. No abundaré en referencias, para evitar el exceso en el espacio disponible y, también, para no personalizar comentarios que pudieran parecer duros a algunos colegas, pues muchos de ellos son amigos que quisiera mantener.

Lo primero, entonces, será entregar una breve noción geográfica del lugar de proveniencia de los materiales que se analizan, para beneficio de aquellos lectores de este boletín que trabajan en áreas geográficas y/o países distintos y lejanos. El río Negro, es un importante caudal de 650 km de largo que nace de la confluencia de los ríos Limay y Neuquén y da nombre a la provincia epónima. Aunque los límites de la enorme región patagónica se discuten aún hoy, notaremos que la primera división del territorio argentino en regiones físicas hecha por M. de Moussy (1864:518), nos presenta a este río como la divisoria entre Pampa y Patagonia. Ésta era su situación geográfica en la época en que se recolectaron los materiales. Resulta notable que aún hoy, los límites de esta inmensidad, se encuentren en fluctuante discusión. Arqueológicamente, hay casos de estudio que, apoyados distintamente por la geología, la fito-geografía, las convenciones o la simple conveniencia editorial, estiran o comprimen estos límites, incluso hasta latitudes tan septentrionales como Cuyo. Algunos se incluyen desde el norte en el romántico y rentable constructo Patagonia, mientras que otros, en cambio, avanzan el dominio de la Pampa hacia el sur. Aún otros, se mantienen en una opinión transicional y/o ecotonal intermedia. En más de 150 años no hay acuerdo completo en esta cuestión.

Los estudios arqueológicos más conocidos en la provincia de Río Negro –al menos para mí, desde el occidente de los Andes–, son los realizados para sitios arqueológicos de las planicies y mesetas

44 Sociedad Chilena de Arqueología. Colegio de Arqueólogos de Chile A.G. Sociedad Argentina de Antropología, jfblanco@gmail.com

(p.ej. Somuncurá), algunos de la comarca andina (pero preferentemente en los ríos Limay y en el Neuquén) y una multitud de trabajos centrados en la costa. Buena parte de ellos se desarrollaron durante las primeras décadas del siglo XX hasta bien entradas sus postrimerías, en general con una visión histórico-cultural, que tuvo profundo impacto -para bien o mal- en la arqueología argentina de la época (p.ej. Bórmida 1962, 1964; Menghin 1952); mientras que los más recientes, se desarrollaron desde 1980 en adelante, aunque especialmente en los últimos 20 años, presentando un cambio de paradigma importante, renovador y necesario hacia una arqueología más científica.

Si examinamos la bibliografía, resulta que existen pocos trabajos que se refieran en particular al curso medio de esta cuenca. Recomendamos, para un estudio más extensivo de la historia de la investigación arqueológica de ésta área en particular, los trabajos de Luciano Prates (2004, 2008) que, dicho sea de paso, no incluyen en sus detallados antecedentes el texto que aquí se comenta. Por ello, esta traducción resulta también en un aporte que los especialistas del área podrán ponderar con mayor precisión.

Respecto del texto mismo, debe notarse que Hudson, el recolector de las piezas, fue un importante naturalista ornitólogo y prolífico escritor, interesado en el estudio y discusión de las ideas de Darwin, cuyo viaje se realizó por barco de vapor a la desembocadura del río y de allí, a pie y caballo aguas arriba. La ubicación general que entrega el mismo (Hudson 1917[1893]), es de un tramo de 150 km desde su desembocadura, pero es posible que concentrara sus actividades alrededor de El Carmen, más cerca del océano.

La obra de Hudson, que refiere a las recolecciones realizadas es de 1893, pero fue escrita muy probablemente *in situ* y antes de 1875, considerando la fecha de publicación del trabajo de Lane Fox y Rudler (1875). Es obvio, en la lectura comparativa de ambos, que la misiva de Hudson a Lane Fox que acompañaba los materiales, ya contenía los capítulos del primero correspondientes al libro -o un bosquejo muy avanzado-, cuyos párrafos introductorios Pitt-Rivers parafrasea y copia sin demasiados remilgos, cosa por lo demás, habitual en la época. Hudson debe haber dispuesto, en efecto, de mucho tiempo de ocio, habiéndose disparado por accidente en una rodilla, situación que le obligó a una larga estadía, atendido en la casa de la Sociedad Misionera Sudamericana, establecida “on the south bank of the river, facing the old town”⁴⁵ (Hudson 1917[1893]:29).

En cuanto a las piezas, William Henry o Guillermo Enrique, indica que, a diferencia del número reconocido por Lane Fox (*ca.* 500), le envió trescientas o cuatrocientas, de las cuales “the finest of my treasures, the most curious and beautiful objects I could select (...) were unfortunately lost in transit”⁴⁶ (Hudson 1917[1893]:37). Evidentemente, hay algunas discrepancias en el tamaño de la colección y la propia selección de Hudson para el envío, que debe de haber distorsionado la muestra con que trabajaron sumariamente los ingleses, quienes tampoco contaron muy bien que digamos. Seguramente existió una contra misiva de recepción posterior, dado que el libro de Hudson indica la pérdida de una cantidad, cosa que no podría haber averiguado por otro medio, a menos que leyese el propio artículo. Hoy en día, entre las colecciones americanas de Pitt-Rivers, se cuentan 216 especímenes, no sabemos si corresponden solamente a puntas de proyectil. Este hecho, sumado al comentario inicial de Lane Fox acerca de la selección de piezas y el propio título del artículo, sugieren que, además de la mala contabilidad, inicial y subsecuente, junto al extravío de las mejores

45 en el banco sur del río mirando al pueblo viejo (la traducción es nuestra).

46 mis tesoros más finos, los más curiosos y bellos artefactos que pude coleccionar (...) se perdieron lamentablemente en el traslado (la traducción es nuestra).

piezas, las restantes sencillamente fueron a dar al tacho de la basura. Ojalá me equivoque en esta conclusión.

Del texto, es notable que se indique que los arcos y flechas no eran empleadas al momento de la conquista, como deriva Pitt-Rivers de un comentario del propio Hudson respecto de Schmidl y de Díaz de Guzmán, grueso error, al menos en la cita, puesto que en el primero se lee claramente: “Estos Carendies usan para la pelea **arcos**, y unos dardos (dardos), especie de media lanza con punta de pedernal en forma de trisulco”⁴⁷ (Schmidel 1903:150, el énfasis es nuestro), o en transcripciones posteriores, “dichos Querandís usan, como armas, **arcos y flechas**; estas son como medias lanzas, que en la punta delantera tienen un filo de pedernal” (Schmidl en Vivante 1948:11, el énfasis es nuestro)⁴⁸. Una lección del pasado para quienes citan sin leer, que no son pocos actualmente.

Pues bien, de la observación de las piezas líticas representadas en las Figuras 1 y 2 de la traducción de Prieto (Lane Fox 2018[1875]) (*Plates* XXIV y XXIII de Lane Fox y Rudler 1875) –sin tomar muy en cuenta los dudosos procedimientos de muestra empleados–, pueden decirse algunas cosas generales. Para ello, conviene al menos notar la existencia de distintos *corpus* terminológicos para la lítica patagónica (al menos, Aschero 1975; Bate 1971; Orquera y Piana 1986), cuya diversidad, particularidades, trayectoria acumulativa y consecuencias analíticas no comentaremos aquí, aunque el tema merece examen. Para referencia general, hay un excelente trabajo acerca de los estudios líticos en Argentina, de Flegenheimer y Bellelli (2007). Aquí, realizaré solo observaciones coloquiales respecto del material.

En la Figura 1, se aprecia una punta lanceolada corta de filos convexos y base escotada, frecuente en muchos sitios sudamericanos de cazadores recolectores, pero poco en Patagonia.⁴⁹ En todo caso, con seguridad hay analistas de la región de estudio que tienen mucho más claro que yo si esas formas son o no frecuentes en Río Negro y en qué medida. Luego, se presenta lo que aparenta ser una preforma de punta o cuchillo, varios perforadores, de los cuales dos parecen derivados de puntas de proyectil o cuchillos bifaciales. Resulta más reconocible la silueta de lo que podría llamarse hoy una punta Fell IV⁵⁰, que es precisamente el modelo que despierta la curiosidad comparativa trans-americana de Fox y Rudler, por su modo de fijación al astil (Figura 2:43). Notablemente, ¡las encuentran iguales a las californianas! A nuestro parecer no lo son, mucho menos en cuanto a su empuñadura. Por lo demás, las puntas de este tipo suelen asociarse en la literatura posterior a dardos, no a flechas. De hecho, si miramos los trabajos del propio Prieto (1994, 2011), refiriéndose a la arquería Selk’nam, la diferencia se hace más que patente. Conviene notar también que Nami (1986, 1988) ha realizado la reconstrucción experimental de la cadena operativa de producción de éstas puntas, que se realizarían hasta en seis estadios (Nami 1986:54–105). Evidentemente, con una etapa más, se llega a los perforadores notados. Por último, destaca un raspador frontal o terminal sobre lámina tecnológica (de aspecto casapedrense, en un arcaísmo terminológico *ad hoc* a la discusión que sigue).

47 Un trisulco se define como “de tres púas o puntas”, lo que llama la atención como parte del arsenal indígena de la época. Ignoro si existen referentes arqueológicos de ése artefacto.

48 Prieto (2018) emplea la grafía “Schmidel” tal como Mitre y Lafone Quevedo en Schmidel (1903), mientras que Vivante emplea “Schmidl”, ambas son aceptables. Vivante (1948:104) indica que el original fue publicado en español en 1555, lo cual parece equívoco. Por otro lado, empleamos la extraña figura de indicar un rango de fechas para el original entre corchetes, pues –según Mitre– no existe una edición única de referencia, aunque la de Hulsius sería preferente.

49 Pero sabemos que es relativamente frecuente en Neuquén, p.ej. en Cueva Haichol (Goñi 1988–1990:179–225).

50 O unidad cultural tardía (*sensu* Massone 1981).

De Norteamérica, quien les escribe no sabe mucho, pero –por lo pronto–, sí sabemos más que Lane Fox y Rudler, solo por gracia del siglo y medio transcurrido y la mínima curiosidad arqueológica. Por lo pronto, existen catálogos tipológicos para EEUU que superan entre todos largamente a la centena de tipos (p.ej. Perino 1968, entre muchos otros), posiblemente un tiránico exceso tipológico, en todo caso. Se aprecian en la Figura 2, bastantes de ellos, lo cual nos lleva a pensar que la colección norteamericana empleada para la comparación pudo haber sido una especie de *Frankenstein* frente a la cual, la de Hudson parece mucho más orgánica y concisa, a pesar de sus faltantes y selecciones.

Derivado de lo anterior, me viene una objeción lógica que siempre me ha preocupado, aunque poco tiene que ver con lo anterior de manera directa: la existencia sempiterna y soterrada de un particularismo evolutivo –si se puede decir eso– que hace que en muchas secuencias se cometa el error de pensar que la evolución de la técnica y sus productos, se produjo todas las veces desde cero. Así, encuentran inacabable sustento ideas tan dudosas como que las tecnologías más tempranas del poblamiento americano fueron unificadas o, en general, más simples o burdas que las posteriores. Es bien posible que haya habido muchos casos directamente contrarios. Me parece que los talladores pleistocénicos, o cualquier explorador o colonizador temprano de espacios previamente no disponibles por la razón que fuere (*sensu* Borrero 1989–1990), debe de haber sabido producir casi cualquier producto de sus antecesores y sus industrias –término algo infame, para mí–; el hecho de que no lo hicieran, me lleva a pensar en decisiones culturales, más que en carencias, ignorancia técnica o estabilidad del ambiente. Las personas tienen memoria, y también preferencias. Como anécdota, sabemos que Ishi, el tallador lítico quinta esencial de la literatura, produjo siete tipos distintos de puntas y también, como todo artesano hábil, era capaz de copiar otros estilos formales sin problema (Shackley 2001).

Posterior a la discusión sobre el uso y desuso del arco y la flecha, y dejando nuestras observaciones generales del material lítico, Pitt-Rivers nos conduce a una reflexión de carácter antropológico avanzada para su época (y para algunas personas de la nuestra también), de las cuales extractamos:

“...debido a nuestra incapacidad para comprender la condición mental inculta de los salvajes y las razas prehistóricas, a menudo perdemos de vista las deducciones extraíbles de la estabilidad formal observable en sus artes e instrumentos, y otorgamos menos importancia de la que deberíamos a las pequeñas variaciones en la estructura. Ahora estamos comenzando a comprender, que concepto tan grotesco de los poderes superiores nos ha llevado a formar nuestro antropomorfismo en tiempos pasados; y en nuestra autorreferente visión de los salvajes, nos engañamos igualmente por la tendencia a infravalorar el tiempo y el esfuerzo mental necesarios para la realización de leves cambios, por lo que fallamos en apreciar la evidencia del origen común que nos permite el descubrimiento de que los implementos de tipo uniforme abarcan grandes áreas geográficas” (Lane Fox 2018[1875]:104).⁵¹

En efecto, es esencial al antropólogo reconocer las limitaciones de comprensión propias respecto de cualquier otro, vivo o muerto, salvaje o civilizado (por emplear una dicotomía dilecta de esa época), cuestión bien honesta desde el punto de vista del conocimiento, y rarísima en esos tiempos, pero que –lamentablemente– prosigue refiriendo a una condición mental de menor valor relativo. Este argumento puede calificarse como transicional en cuanto a su exactitud filosófica y peso

51 En todos los casos he usado la traducción de Prieto como base, pero modifiqué algunas palabras y modismos, pues me parecen más cercanas al original. Valga como ejemplo de las divergencias y dificultades inherentes al oficio de traductor.

antropológico, faltando muchos años entonces para el advenimiento de novedades teóricas al respecto, quizá ubicables recién en el particularismo histórico boasiano de 1900 en adelante.

Respecto de lo analítico en cultura material, me parece que menos puede deducirse de la estabilidad formal que de la variación, aunque esta sea pequeña, tratándose más bien de un problema de escalas analíticas. La estabilidad puede ser, muchas veces, solo una apariencia. En cuanto al análisis lítico, los estudios actuales superan con mucho en detalle y resolución al mero ordenamiento por supuesta complejidad formal que presenta la serie de Pitt-Rivers. Esto es especialmente válido en el caso de los estudios líticos en la Argentina, donde existe un gran desarrollo en este sentido.

Ni hablar del grotesco concepto de los poderes superiores que depararía el futuro civilizado que los propios autores representan, observación matizada por su humildad al reconocer la auto referencia como problema y señalar la infravaloración de los esfuerzos de cambio, por más leves que fueran. Por lo menos, puede calificarse a éste como un discurso contradictorio y levemente esquizofrénico, aunque típico de la época, donde se trataba, con entusiasmo y un poco a la fuerza, de empatar en la evolución a todo lo que existe.

“Es solo por la evolución gradual de las ideas científicas que las mejoras modernas se han producido, así que también debemos buscar etapas similares de evolución en las simples artes de salvajes” (Lane Fox 2018[1875]:108).

Existen aún, tozudamente, argumentos de ésta clase en la arqueología contemporánea.

El tema central de las disquisiciones antropológicas de la época queda bien definido en el remate del propio texto: “la unidad o la diversidad del origen de la cultura de diferentes áreas geográficas” (Lane Fox 2018[1875]:108), obsesión que ha sido felizmente superada y afortunadamente no resuelta. Recordaremos también al lector, ojalá no muy majaderamente, que no es lo mismo origen, principio y comienzo, cosas que hacen distintas clases de historia. Pienso que en lo humano, en realidad, no hay tal cosa como lo mismo. La presunción de la equivalencia, tomada por mismidad, es una falacia lógica.

Por supuesto que responderemos a la única pregunta que se realizan los autores originales: “¿No podemos considerar que las similitudes que se han notado indican una probable identidad de cultura?” (Lane Fox 2018[1875]:106). La respuesta actual a esa indagación respecto del caso planteado es no. Aunque no ahondaremos en detalles, solo insistiremos en que similitudes no son identidades, agregando que existe la equifinalidad (aunque no por ello nos avendremos a sistémicos) y que los atributos y datos considerados para la pregunta parecen muy insuficientes para siquiera formularla con algún viso de resolución.

Ahora bien, lo que pienso que debe rescatarse de estos albores del razonamiento antropológico derivados de la Patagonia, es su preocupación por el estudio de la cultura, precisamente lo que escasea hoy por hoy en la arqueología regional.

Aparentemente, y me permitiré en esto algunas especulaciones, el legado de O. Menghin (1952) y sus adláteres (Bórmida 1962; entre otros), marcó tan profundamente a la arqueología patagónica, que hoy casi no es posible usar siquiera coloquialmente los términos cultura o historia, y mucho

menos en combinación. Según algunos autores (p.ej. Borrero 1995), esta marca fue eminentemente negativa para la arqueología argentina, y estamos de acuerdo en esto. La salvedad que sí corresponde hacer es que probablemente fue más negativa para las propias secuencias histórico culturales como modelos cronológicos relativos de cambio, que es lo que son, y que deberían entenderse como meras herramientas analíticas para la articulación de comparaciones espaciales y/o diacrónicas, y no como esencialismos trascendentes o finalidades en sí mismas.

A consecuencia de ello, es demasiado frecuente oír en reuniones científicas, en pleno siglo XXI, a una especie de nuevos arqueólogos redivivos y/o arqueólogos evolutivos evolucionados –todos a éstas alturas más viejos y repetidos que el hilo negro–, pontificando latosamente acerca de la maldad intrínseca e inveterada de las secuencias histórico–culturales. Como si el resto de los arqueólogos no supiera que fueron utilizadas de mala, torpe o insuficiente manera en muchos casos. Lo cual, por lo demás, no es ninguna novedad, pues la crítica a este paradigma⁵² había sido uno de los motores fundamentales de las proposiciones de la Arqueología Procesual inicial como se puede advertir en Lyman (2007:224), quien la califica de literatura programática –panfleto, en otras palabras–. También es evidente, más dispersamente, en O’Brien y colaboradores (2005).

No podemos aquí dejar pasar un llamado de atención hacia la megalomanía discursiva asociada a algunos autores vinculados a las arqueologías científicas. Ya conocemos el estilo del propio Binford al respecto, por lo que valga como ejemplo alternativo el cierre del Capítulo 1 de la anterior obra citada, refiriéndose al *momentum* crítico del cambio paradigmático:

“This meant there were more minds to shape and more potential acolytes for anyone charismatic enough to take advantage of the situation. One such person was Lew Binford, who had some concrete ideas about how to save archaeology from itself” (O’Brien *et al.* 2005:35)⁵³.

Lo cierto es que no se salvó a nadie de nada, lo cual de por sí parece bastante presuntuoso, por no comentar el tema de las mentes moldeables o los acólitos potenciales.

Un *book review* de Mark Lake (2007) sobre la misma obra, me llevó a una sección de ella que explica ominosamente la situación, les ofrezco aquí una traducción de extractos:

“In the real world, scientific ideas do not sit idle by. They want to win, and they don’t mind taking matters into their own ‘hands’. And they are devious in how they go about trying to win –tripping their opponents, feeding them misinformation, and even making up lies about them if it will help... They need assistance in carrying out their mischief–assistance in the form of a vehicle (Dawkins 1982; Hull 1988a) that both nourishes them and transports them from place to place. Those vehicles are scientists... Over evolutionary time, ideas have co-opted their vehicles, getting people to do their bidding –the tripping, the feeding of misinformation, and so on. To be successful, ideas need their vehicles not only to fight against vehicles carrying opposing ideas but also to recruit

52 David Clarke consideraba a la arqueología definida por los procesualistas como histórico–cultural (aunque casi nadie nunca se definió a sí mismo de esta manera, especialmente después de los ‘40), como un corpus pre–paradigmático (Webster 2008:11). Al parecer fueron los norteamericanos quienes prefirieron elevar de rango a esta entelequia, acomodaticamente, supongo que para no pelear con molinos de viento.

53 Esto significaba que habían más mentes para moldear y más potenciales acólitos para que cualquiera lo suficientemente carismático tomara ventaja de la situación. Una de tales personas fue Lewis Binford, quien tenía algunas ideas concretas acerca de cómo salvar a la arqueología de sí misma (la traducción es nuestra).

third-party vehicles, those not yet involved in the struggle... Winners and losers among scientific ideas are determined by the number of vehicles (scientists) that wind up carrying one particular idea as opposed to those carrying its competitors” (O’Brien *et al.* 2005:178-179)⁵⁴.

Todo esto me resulta poco menos que macabro, en sus términos y presunciones. También, muy similar al comportamiento del capitalismo, donde se socializa el gasto y se unifica la ganancia. Y, por lo demás, donde no solo pierden las ideas, sino las personas.

Muy obviamente, aunque no suele notarse en la bibliografía, ésta clase de razonamiento exculpa o quita responsabilidad a las personas detrás de estas ideas, de modo tal que las prácticas poco éticas o derechamente maliciosas resultan ser producto de una entelequia abstracta y no de los individuos. Nuevamente, muy típico de los abusos de poder humanos, que más bien estorban al conocimiento en lugar de estimularlo⁵⁵.

No tan sorprendentemente, entonces, en Patagonia se emplea bastante la expresión “histórico-cultural” a manera de descalificación o insulto. Pero, más allá de las batallas socio-políticas-generacionales-académicas, extrañamente, en otras regiones, aunque con sus altos y bajos (como todo en lo humano), estas secuencias, empleadas como lo que son, prestan gran ayuda a la discusión y análisis arqueológico de procesos sociales pasados.

Según Flegenheimer y Bellelli (2007:149), “una parte de la producción de la década de 1980 estuvo dedicada a desarticular las propuestas de la escuela históricocultural (por ej. Fisher 1986-1987; Orquera 1980)”, mientras que Borrero (1995:153) indica, que

“entre las muchas contradicciones aún existentes se destaca la permanencia de importantes elementos de ésta escuela (Schobinger 1987, 1988), inclusive entre autores que la han criticado (Bate 1982; Orquera 1984-1985, 1987)”.

Esta afirmación, entre otras bien taxativas, argumentativas e incluso retóricas, constituyen, junto con la réplica de Orquera (2002), un ejemplo señero de la clase de discusión que a mí me parece muy poco productiva, independientemente de la erudición en los temas tratados que demuestran los

54 Pero en el mundo real, las ideas científicas no se sientan por ahí ociosas. Quieren ganar, y no les importa tomar los asuntos en sus propias “manos”. Y son retorcidas en cómo hacen para tratar de ganar, haciendo zancadillas a sus oponentes, entregándoles información errónea, e incluso inventando mentiras acerca de ellos si es que eso ayuda... Requieren de ayuda para ejecutar sus malicias o favores en la forma de un vehículo (Dawkins 1982, Hull 1988a) que los nutra y los transporte de lugar en lugar. Ésos vehículos son los científicos... En tiempo evolutivo, las ideas cooptan a sus vehículos, haciendo que las personas realicen sus intenciones, la zancadilla, la desinformación, y demás. Para ser exitosas, las ideas requieren que sus vehículos no solo peleen contra los vehículos de ideas opuestas, sino que para reclutar vehículos de terceras partes, aquellos no envueltos aún en la lucha... Los ganadores y los perdedores entre las ideas científicas se determinan por el número de vehículos (científicos) que terminan llevando una idea particular en oposición a aquellos que llevan a sus competidores (la traducción es nuestra).

55 Es frecuente observar ideas afines desde un punto de vista lógico –que podrían ser complementarias–, pero que se presentan como contradictorias porque sus impetrantes tienen problemas inter-personales. A veces, resulta que uno le negó financiamiento a otro en la evaluación de un proyecto, para favorecer a los suyos en un contexto de escasez de recursos; u otro manifestó desacuerdo público con la idea defendida por un tercero, lo cual se tomó ofensivamente; no faltan casos de líos de faldas, o pantalones, por ser justos en lo genérico. A mi entender, todo esto se amplifica gracias a una práctica viciosa de lo académico, el famoso anonimato referil. Hoy por hoy, en la época de las comunicaciones, sería deseable que la ciencia y la academia se hicieran cargo de esta aberración.

autores. Dudo, por ejemplo, de la exactitud del aserto de que “el objetivo básico de los arqueólogos patagónicos fue la construcción de secuencias culturales (Aschero 1975; Bate 1979; Gradín *et al.* 1979; Massone 1981; Mena 1983, etc.)” (Borrero 1995:155). Conociendo a varios de los referidos, a unos más y a otros menos, me parece que de ser consultados al respecto, sostendrían cosas bien distintas.

En fin, las eternas discusiones recriminativas del “yo nunca y tú siempre”, típica de los divorcios, o la del “yo no dije eso que tú dices que dije”, suelen ahondar oposiciones muchas veces ilusorias, antes que producir conocimiento bien sustentado. Ojalá que el *impasse* haya sido superado y que ambos textos formen parte de las lecturas de los más jóvenes estudiantes de arqueología, digo, como sostenía al comienzo, para evitar –gracias a los clásicos– al menos algo de entropía, cuando no el error.

Por otro lado, no creo que nadie defienda hoy por hoy la realización de un programa histórico-cultural, y mucho menos como el del Círculo de Viena o, en especial, la tristemente motejada Escuela de Buenos Aires, pues es manifiesto que la cantidad de secuencias tipológicas generadas durante su auge en Patagonia, resultan excesivas y ciertamente ninguna soporta un análisis medianamente detallado en la actualidad, por lo cual no es necesario volver a los mismos constructos, pero sin duda que se requiere algún esfuerzo integrador en ese sentido. Por cierto, hubo muchas arqueologías histórico-culturales a las que el mal sabor de boca de la vienesa parece haber obliterado: nada menos que a la norteamericana completa (p.ej. Willey y Phillips 1958; entre otras)⁵⁶ o a los trabajos de Childe⁵⁷, que fueron –sin duda– productivas y fructíferas. Para una retrospectiva menos simplista de la que parecen tener en mente los críticos de las secuencias culturales y de los razonamientos históricos, véase Webster (2008).

En la misma línea, resulta contradictorio y casi cómico que, a pesar de las diatribas, todavía se encuentre en uso –y frecuentemente entre los mismos críticos– para un territorio de mil millones de kilómetros cuadrados y *ca.* 11000 años de historia, la sencilla secuencia de tipos de Junius Bird (1993), representativa a mi entender, de una parte bien pequeña de ése espacio y tiempo⁵⁸.

Me parece, reitero, que estamos más ante el resultado de un proceso socio-político propio de la academia, que ante un razonamiento lógico y apropiado a las escalas de análisis correspondientes. Esas mismas escalas que suelen invocar los críticos de la historia cultural, o de cualquier otra arqueología que no comparta su obsesión por pertenecer a la Ciencia –así, con mayúscula–, y que se saltan felices para poder abarcar mayores espacios físicos, sociales y académicos, y generar narrativas cada vez más amplias y hegemónicas. Es fácil criticar a un criminal de guerra nazi como Menghin y echar en la misma bolsa a todo el que se interese por las variaciones estilísticas o las secuencias temporales (que no por mero gusto u obcecación dejarán de existir), pero meterse con el buen Junius Bird, adalid norteamericano de la arqueología científica, resulta bastante más difícil. Sería como pegarle a la propia abuelita, por así decirlo.

56 Para un detalle, aunque algo tendencioso, véase *The Rise and Fall of Culture History* (Lyman *et al.* 1997).

57 Aunque éste autor no tuvo relación con la arqueología americana sino hasta mucho después, lo cual podrían comentar los Arqueólogos Sociales Latinoamericanos con mayor propiedad que yo.

58 Considérese que hasta entonces no habían fechados C14 disponibles y todo análisis cronológico debía hacerse por seriación, ojalá estratigráfica. El propio Bird realizó su secuencia antes del C14 y pudo fechar recién a partir de 1950. Su trabajo, en realidad, mención aparte de muchas genialidades particulares, es un directo representante de la arqueología histórica-cultural norteamericana.

En fin, recuerdo haber estado sentado en primera fila en las Jornadas de Arqueología de la Patagonia de Coyhaique, cuando un colega le espetaba a otro, bastante destempladamente, algo similar –al menos en alguna parte– a lo que aquí se señala. El exabrupto generó entonces gran disgusto y polémica entre los asistentes⁵⁹, pero por razones distintas a las que hubieran sido deseables: el reconocimiento de que nos hallamos aún envueltos y un poco asfixiados por la evolución y sus arqueologías, y que falta en la discusión teoría social, cultural y/o económica atingente, cuya ausencia parece estar motivada por una sobre reacción teórica y avalada por el innegable “éxito reproductivo” del modelo paradigmático en cuestión, que como hemos dicho, nos parece más bien un devenir socio-político que enmascara vicios de la propia academia, que sería necesario revisar y enmendar. Es un poco triste presenciar la transformación de un interesante marco teórico en un vulgar modelo de negocios.

Puede consultarse un estudio crítico, aunque no por citarlo estemos en acuerdo con todos los argumentos esgrimidos o adscribamos a su marco teórico particular –lo mismo que en varios casos reseñados previamente–, en Bate y colaboradores (2014), de donde se derivan aún muchas otras cuestiones a considerar con más calma, detalle y gentileza.

Lo cierto es que, para muchos arqueólogos como quien escribe, periféricos a éste atrincheramiento teórico particular, escuchar mil veces repetido que “los humanos intensifican”, que “el cambio climático”, que la “saturación demográfica”, entre otras muletillas pseudo-explicativas, resulta ya insufrible⁶⁰. Seguramente tanto como les resultó a los arqueólogos procesualistas, evolutivos, adaptativos y afines (y a mí también, en esas facetas), los latazos –emboles, en un riesgo de traducción transcordillerana– que les infligieron sus predecesores con aquello del Toldense, el Casapedrense, el Jabaliense, el Puntarrubiense, el Patagoniense o –para éste efecto particular– el Norpatagoniense. Todas ellas construcciones analíticas un poco absurdas, que nos advierten de la obsolescencia de las cosas humanas en el tiempo.

Por último, quiera el futuro –ya que no el pasado– que, tal como las fronteras de Patagonia parecen moverse a uno y otro lado del río Negro, puedan existir también fronteras más flexibles en lo teórico, incluso espacios ecotonales, donde podamos desarrollar temas y discusiones de distinta índole y escala sin recriminaciones maniqueístas de por medio. De otro modo, poco habremos avanzado desde 1875 cuando, al menos, les preocupaba aún a los flamantes antropólogos evolucionistas, el estudio de la cultura, sea como fuera que ésta se definiera entonces, o se defina hoy en retrospectiva.

59 Solo diré, a título personal, que algunas de las invectivas en cuestión, me parecieron de muy mal gusto. A pesar de todo, mantengo gran consideración y estima por ambos colegas y sus trabajos.

60 Téngase en mente la diferencia entre explicación y explicitación. Dejo también aquí constancia de que he realizado trabajos que emplearon ésta clase de conceptos y argumentos, y que de hecho, considero que –para su momento– fueron ideas geniales. En consecuencia, no es que me parezcan mal, sino que muy iterativas, vistas a la distancia.